

# AZUL PROFUNDO

Jennifer Donnelly

Traducción de Ana María Lojo

Circle Seven

NUEVA YORK    LOS ÁNGELES

 Planeta

## PRÓLOGO

En lo más hondo de las montañas negras, en lo más hondo de la noche rumana, en lo más hondo de las aguas frías y oscuras del antiguo Olt, las brujas de río cantaban.

*Hija de Merrow, deja ya de dormir.  
Los días de infancia no pueden seguir.  
El sueño morirá y nacerá la pesadilla.  
No duermas más, abre los ojos, niña...*

Desde su lugar en las sombras, la más anciana, Baba Vrăja, observaba el *waterfire*<sup>1</sup> azul, con sus brillantes ojos inquietos y alertas.

—*Vino, un rău. Arată-te* —susurró en su lengua milenaria—. Ven, malvado. Déjate ver.

Alrededor del *waterfire*, ocho brujas de río continuaban con su canto. Tomadas de la mano, nadaban en círculos, en el sentido opuesto a las agujas del reloj, impulsándose en el agua con sus fuertes colas de pez.

<sup>1</sup> En inglés, una hoguera debajo del agua.

*Hija de Merrow, elegida,  
comienza el fin, tu momento ha llegado.  
El tiempo se acaba, nuestro hechizo se despliega,  
palmo a palmo, nuestro canto se libera...*

—*Vin, diavolul, vin* —gruñó Vråja, acercándose más al círculo—. *Tu esti lăngă... te simt...* Ven, diablo, ven... estás cerca... te siento...

Sin previo aviso, el *waterfire* se elevó, las llamas lamiendo como lenguas de serpientes. Las brujas inclinaron las cabezas y se apretaron más fuerte las manos unas a otras. De pronto, una de ellas, la más joven, lanzó un grito. Se dobló en dos como si sufriera grandes dolores.

Vråja conocía ese dolor. Te destrozaba por dentro como un filoso gancho de plata. Nadó hacia la bruja más joven.

—*Pelea, dragă* —le dijo—. ¡Sé fuerte!

—No... no puedo. ¡Es demasiado! ¡Que los dioses me ayuden! —aulló la bruja. La piel, gris moteada como las piedras del río, se le puso pálida. La cola de pez se le sacudió descontrolada.

—¡*Pelea!* ¡El círculo no debe romperse! ¡Las *iele* no deben flaquear! —gritó Vråja.

Con un grito desgarrador, la joven bruja levantó la cabeza y unió su voz al canto otra vez. Cuando lo hizo, aparecieron colores dentro del *waterfire*. Giraron juntos, fusionándose en una imagen: una puerta de bronce, sumergida muy hondo bajo el agua y cubierta de hielo. Se oyó un sonido, el sonido de miles de voces, todas susurrando.

—*Shokoreth... Amăgitor... Apateón...*

Detrás de la puerta, algo se agitó, como despertando de un largo sueño. Volteó su cara sin ojos hacia el norte y se rio.

—*Shokoreth... Amăgitor... Apateón...*

Vråja nadó hasta el *waterfire*. Cerró los ojos contra la imagen. Contra el mal y el miedo. Contra la marea de color rojo sangre que

se avecinaba. Buscó muy profundo dentro de sí misma y dio todo lo que tenía, y todo lo que era, a la magia. Su voz se hizo más fuerte y se elevó por encima de las demás, ahogando el susurro, el crujido del hielo, la risa grave, como un gorgoteo.

*Hija de Merrow, busca cinco sirenas de valor  
que mantengan viva la ilusión.  
Una que llevará luz en el corazón.  
Una que sea profeta de gran visión.*

*Una que aún no crea,  
que no tenga opción y mienta.  
Una de alma segura y fuerte.  
Una que cante el canto de todos los seres.*

*Juntas encuentren los talismanes  
pertenecientes a los seis gobernantes,  
escondidos bajo aguas traicioneras,  
después de que la luz y las sombras combatieran.*

*Estas piezas no deben unirse,  
ni por furia, ni por rabia, ni por ambición.  
Fueron esparcidas por la valiente Merrow  
para que no abrieran la jaula de la destrucción.*

*Vengan a nosotras desde mares y ríos,  
sean una sola mente, un solo lazo, un solo corazón,  
antes de que las aguas y todas sus criaturas  
;sean arrasadas por Abbadón!*

El ser que estaba tras las rejas gritó con rabia. Se abalanzó contra la puerta. El impacto generó una onda expansiva que llegó hasta las brujas a través del *waterfire*. La fuerza las zamarreó bru-

talmente, amenazando con romper el círculo, pero ellas se mantuvieron firmes. La criatura sacó una mano entre los barrotes como si quisiera meterla dentro de Vřąja y arrancarle el corazón. El *waterfire* ardió más alto y luego se extinguió súbitamente. La criatura se había ido y el río estaba en silencio.

Una a una, las brujas se hundieron en el lecho del río. Quedaron acostadas en el barro blando, jadeando, con los ojos cerrados, las aletas aplastadas debajo de ellas.

Sólo Vřąja permaneció, flotando donde había estado el círculo. Su cara arrugada estaba cansada, su cuerpo viejo, vencido. Tenía mechones grises de su larga trenza sueltos y enroscados como anguilas alrededor de la cabeza. Siguió con el canto ella sola, con su voz elevándose a través del agua oscura, demacrada pero desafiante.

*Hija de Merrow, deja ya de dormir.  
Los días de infancia no pueden seguir.  
Despierta ya, niña, busca cinco sirenas de valor.  
Mientras haya tiempo, mantén viva la ilusión.*

*Despierta ya, niña, busca cinco sirenas de valor.  
Mientras haya tiempo, mantén viva la ilusión.  
Despierta ya, niña...*

## UNO

—¡Despierta, niña! ¡Por el amor de Circe! ¡Ya te llamé cinco veces!  
¿Es que tienes arena en los oídos esta mañana?

Serafina se despertó jadeando. Su largo cabello cobrizo flotaba enmarañado en torno a su rostro. Sus ojos, de color verde oscuro, estaban llenos de miedo. Esa cosa que estaba en la jaula... Todavía seguía oyendo el gorgoteo de su risa, sus gritos horrendos. Seguía sintiendo su malicia y su ira. Miró a su alrededor, con el corazón que se le salía del pecho, segura de que estaba allí con ella, pero en seguida se dio cuenta de que no había ningún monstruo en su cuarto.

Sólo su madre, que era igualmente aterradora.

—Justo hoy, remoloneando en la cama. ¡El *dokimí* es esta noche y tienes muchísimo que hacer!

La *Serenissima Regina* Isabella, gobernante de Miromara, nadaba de una ventana a otra, corriendo las cortinas.

El sol se filtró a través de los vidrios, desde la superficie de las aguas, y despertó a los plumeros de mar, apiñados por todo el cuarto. Los gusanos se abrieron como flores y tiñeron las paredes de amarillo, azul cobalto y magenta. Los rayos dorados entibieron la fronda de las algas ancladas al suelo. Relumbraron sobre un

espejo alto, dorado, y se reflejaron en las paredes de coral lustrado. Un pequeño pulpo verde que se había acurrucado a los pies de la cama —Silvestre, la mascota de Serafina— salió disparado como una flecha, molesto por la luz.

—¿No puedes hacer eso con una canción mágica, mamá? —preguntó Serafina, con la voz áspera de sueño—. ¿O pedirle a Tavia que lo haga?

—Mandé a Tavia a buscar tu desayuno —dijo Isabella—. Y *no*, no puedo usar una canción mágica para correr las cortinas. Como ya te dije un millón de veces...

—Nunca desperdicies la magia en cosas mundanas —dijo Serafina.

—*Exacto*. Vamos, levántate, Serafina. Ya llegaron el emperador y la emperatriz. Tus damas están esperándote en la antecámara, la *canta magus* viene para ensayar tu canción mágica y tú estás aquí, acostada, ociosa como una esponja —dijo Isabella. Luego espantó de la ventana un cardumen de lábridos de color púrpura y miró hacia afuera—. Hoy el mar está tan sereno que se puede ver el cielo. Esperemos que no venga ninguna tormenta a agitar las aguas.

—¿Qué haces aquí, mamá? ¿No tienes un reino que gobernar? —preguntó Serafina, segura de que su madre no había venido aquí sólo para hablar del tiempo.

—Sí, claro que sí, gracias —dijo Isabella en tono cortante—, pero dejé a Miromara en las manos idóneas de tu tío Vallerio por una hora.

Atravesó el cuarto y se acercó a la cama de Serafina, con su traje gris de seda marina que se arremolinaba detrás de ella, sus escamas plateadas y relucientes, su cabello negro y abundante recogido en un peinado alto sobre la cabeza.

—¡Nada más mira todos estos caracoles! —exclamó, frunciendo el entrecejo al ver la pila de conchillas blancas en el suelo, junto a la cama de Serafina—. Anoche te quedaste despierta hasta tarde escuchando, ¿no es así?

—¡Tenía que hacerlo! —dijo Serafina a la defensiva—. Mi caracol de este semestre sobre el Viaje de Merrow es la semana próxima.

—Con razón no puedo sacarte de la cama —dijo Isabella. Tomó uno de los caracoles y se lo llevó al oído—. *La conquista merrovina de los páramos de Thira*, por el profesor Giovanni Bolla —repitió y luego lo echó a un lado—. Espero que no hayas perdido demasiado tiempo justo con ese. Bolla es un tonto. Un comandante de escritorio. Asegura que se logró contener a los *opáfagos* amenazándolos con sanciones. Puras tonterías. Los *opáfagos* son caníbales, y a los caníbales no les importan nada los decretos. Una vez, Merrow envió a un mensajero para avisarles que los iban a sancionar, y ellos se lo comieron.

Serafina gruñó:

—¿Para *eso* estás aquí? Es un poco temprano para una lección de política.

—Nunca es demasiado temprano para la política —dijo Isabella—. Fue el sitio de los soldados miromarenses, los *acqua guerrieri*, lo que derrotó a los *opáfagos*. La fuerza, no la diplomacia. Recuerda eso, Sera. Nunca te sientes a negociar con caníbales si no quieres acabar tú misma en el menú.

—Lo tendré en cuenta, mamá —dijo Serafina poniendo los ojos en blanco.

Se incorporó en la cama —una enorme ostra de color marfil— y se despezó. Una de las valvas, cubierta con una espesa capa de anémonas rosadas y esponjosas, era donde dormía. La otra valva, un dosel, estaba suspendida sobre las puntas de cuatro caracoles torrecilla bien altos. Los bordes del dosel estaban elaboradamente tallados y tenían incrustaciones de vidrio marino y de ámbar. De allí colgaban exuberantes cortinados de algas japonesas. Había gobios diminutos de color anaranjado y dragoncitos de rayas azules, que entraban y salían de las cortinas a toda velocidad.



Los dedos carnosos de las anémonas se aferraron a Serafina cuando se levantó. Se puso una bata blanca de seda marina bordada con hilos dorados, láminas de nácar y perlas irregulares. Sus escamas, que eran del color brillante y titilante del cobre nuevo, resplandecían en la luz submarina. Le cubrían la cola de pez y el torso, y combinaban con el tono cobrizo más oscuro de su cabello. Tenía la pigmentación de su padre, el Príncipe Consorte Bastián, hijo de la noble Casa de Kaden en el mar de Mármara. Sus aletas, de un pálido tono rosa coral con destellos verdes, eran ágiles y fuertes. Poseía el cuerpo flexible y los movimientos elegantes de una veloz nadadora de las profundidades. Su tez era aceitunada y, por lo general, impecable; pero, esa mañana, su rostro estaba pálido y había manchas oscuras debajo de sus ojos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Isabella, al notar su palidez—. Estás blanca como la panza de un tiburón. ¿Estás enferma?

—No dormí bien. Tuve una pesadilla —dijo Serafina, mientras se ataba el cinturón de la bata—. Había algo horrible en una jaula. Un monstruo. Quería salir y yo tenía que detenerlo, pero no sabía cómo. —Las imágenes regresaron a su mente mientras hablaba, vívidas y aterradoras.

—Miedos nocturnos; no es más que eso. Las pesadillas surgen por los nervios —dijo Isabella, restándole importancia.

—Las *iele* estaban en el sueño. Las brujas del río. Querían que fuera con ellas —dijo Serafina—. Tú solías contarme historias sobre las *iele*. Decías que eran las más poderosas de nuestra especie, y que si alguna vez nos convocaban, teníamos que ir. ¿Lo recuerdas?

Isabella sonrió, algo muy poco común en ella.

—Sí, pero no puedo creer que tú también lo recuerdes —dijo ella—. Te contaba esas historias cuando eras una sirenita pequeña para que te portaras bien. Te decía que las *iele* te iban a llamar para que fueras a su encuentro y que te iban a dar un coscorrón si no te quedabas quieta, como corresponde a una *principessa* bien educada de la Casa de Mellow. Era toda pura espuma de mar.

Serafina sabía que las brujas de río no existían, aunque habían parecido tan reales en su sueño...

—Estaban allí. Justo frente a mí. Tan cerca que si estiraba el brazo, podría haberlas tocado —dijo ella. Luego meneó la cabeza ante su estupidez—. Pero en realidad no estaban allí, claro está. Y tengo cosas más importantes en qué pensar hoy.

—Por cierto que sí. ¿Está lista tu canción mágica? —preguntó Isabella.

—De modo que por eso estás aquí —dijo Serafina socarronamente—. No para desearme que me vaya bien, ni para hablar de peinados, ni del príncipe heredero, ni de nada normal, como lo que cualquier madre hablaría con su hija. Viniste para asegurarte de que no eche a perder mi canción mágica.

Isabella le clavó sus feroces ojos azules.

—Los buenos deseos no importan. Tampoco los peinados. Lo que sí importa es tu canción mágica. Tiene que ser perfecta, Sera.

«Tiene que ser perfecta». Sera se esforzaba mucho en todo lo que hacía: sus estudios, sus encantamientos con canciones, sus competencias ecuestres. Pero por más alto que ella apuntara, las expectativas de su madre siempre eran más altas.

—No hace falta que te diga que tanto la corte de Miromara como la de Matali te van a estar mirando —dijo Isabella—. No puedes darte el lujo de mover mal una aleta. Y eso no va a ocurrir, siempre y cuando no te dejes vencer por los nervios. Los nervios son tu enemigo. Domínalos o ellos te dominarán a ti. Recuerda: no es una batalla, ni un punto muerto en el Parlamento; sólo es un *dokimí*.

—Tienes razón, mamá. Sólo un *dokimí* —dijo Serafina, con las aletas dilatadas—. Sólo la ceremonia en que Alítheia declara que pertenezco al linaje... o me mata. Sólo la ceremonia en que tengo que hechizar con mi canto, tan bien como lo haría un *canta magus*. Sólo la ceremonia en que tomo los votos de mi compromiso y juro dar, algún día, una hija al reino. No es nada como para alterarse. Nada en absoluto.

Se hizo un silencio incómodo. Isabella fue la primera en romperlo:

—Una vez —dijo— fui yo quien tuvo un ataque de nervios terrible. Fue cuando los principales ministros se unieron en mi contra, respecto de una importante iniciativa comercial, y...

Serafina la interrumpió enojada:

—Mamá, ¿puedes ser nada más que una *mamá*, aunque sea por una vez? ¿Y olvidar que eres la *regina*? —preguntó.

Isabella sonrió con tristeza:

—No, Sera —le respondió—. No puedo.

Su voz, que por lo general era enérgica, había adquirido un tono melancólico.

—¿Pasa algo malo? —preguntó Serafina, repentinamente preocupada—. ¿Qué sucede? ¿Llegaron bien los Matali?

Ella sabía que había grupos de bandidos que atacaban a los viajeros en los tramos de agua más solitarios. Era sabido que los más peligrosos, los *praedatori*, robaban todo lo que fuera de valor: dinero marino, joyas, armas, hasta los hipocampos que montaban los viajeros.

—Los Matali están perfectamente bien —dijo Isabella—. Llegaron anoche. Los vio Tavia. Dice que están bien, pero cansados. ¿Quién no iba a estarlo? Es un viaje muy largo desde el océano Índico hasta el mar Adriático.

Serafina se sintió aliviada. El príncipe heredero y sus padres, el emperador y la emperatriz, no eran los únicos que viajaban en el contingente de los Matali, entre ellos también estaba Neela, la prima del príncipe heredero. Neela era la mejor amiga de Serafina y ella anhelaba verla. Aunque pasaba el día rodeada de gente, Sera siempre se sentía sola. Nunca podía bajar la guardia delante de la corte o de sus sirvientes. Neela era la única con quien realmente podía ser ella misma.

—¿Desiderio salió a recibirlos? —preguntó ella.

Isabella dudó:

—En realidad, fue tu padre a recibirlos —dijo finalmente.

—¿Por qué? Pensé que iba a ir Des —dijo Serafina confundida. Sabía que su hermano había estado ansioso por recibir a los Matli. Él y Mahdi, el príncipe heredero, eran viejos amigos.

—Desiderio fue destinado a la frontera oeste. Con cuatro regimientos de *acqua guerrieri* —dijo Isabella sin rodeos.

Serafina se quedó estupefacta. Y tuvo miedo por su hermano.

—¿Qué? —preguntó—. ¿Cuándo?

—Anoche, tarde. Por orden de tu tío.

Vallerio, el hermano de Isabella, era el comandante en jefe de Miromara. Le seguía sólo a ella en jerarquía.

—¿Por qué? —preguntó Sera, alarmada. Un regimiento contaba con tres mil *guerrieri*. La amenaza en la frontera oeste tenía que ser muy grave para que su tío hubiera enviado tantos soldados.

—Nos comunicaron que hubo otro ataque. En Acqua Bella, una aldea frente a la costa de Cerdeña —dijo Isabella.

—¿Cuántos prisioneros tomaron? —preguntó Serafina, con temor a la respuesta.

—Más de dos mil. —Isabella se volteó, pero no antes de que Serafina alcanzara a ver las lágrimas contenidas que brillaban en sus ojos.

Los ataques habían empezado hacía un año. Hasta ahora, habían atacado seis aldeas miromarenses. Nadie sabía por qué se llevaban a los pobladores, ni a dónde, ni quién estaba detrás de los ataques. Era como si, sencillamente, se hubieran evaporado.

—¿Hubo testigos esta vez? —preguntó Serafina—. ¿Sabes quién lo hizo?

Isabella, ya recompuesta, se volvió hacia ella.

—No lo sabemos. Por todos los dioses, desearía que lo supiéramos. Tu hermano piensa que son los *terragones*.

—¿Los humanos? No puede ser. Tenemos canciones mágicas que nos protegen contra ellos. Las tenemos desde la creación del

reino de Merrow, hace cuatro mil años. No pueden tocarnos. Nunca pudieron —dijo Serafina.

Ella se estremeció al pensar en lo que ocurriría si alguna vez los humanos aprendían a romper los hechizos de sus canciones. Las sirenas serían arrancadas de los océanos, capturadas de a miles con redes despiadadas. Serían compradas y vendidas, confinadas en peceras para divertir a los *terras*. Serían diezmadas como los atunes y los bacalao. Ninguna criatura, ni terrestre ni marina, era tan codiciosa como los traicioneros *terragones*. Hasta los feroces *opáfagos* sólo se llevaban lo que podían comer. Los *terras* arrasaban con todo.

—No creo que sean los humanos —dijo Isabella—. Eso le dije a tu hermano. Pero avistaron un barco de arrastre en aguas cercanas a Acqua Bella, y él está convencido de que tiene algo que ver. Tu tío cree que Ondalina está detrás de los ataques y que también planean atacar Cerúlea. Por eso envió los regimientos como muestra de poder en nuestra frontera oeste.

Esa noticia daba mucho que pensar. Ondalina, el reino de las sirenas del Ártico, era un viejo enemigo. Había desatado una guerra contra Miromara —y había perdido— hacía un siglo y, desde entonces, hervía de rabia bajo el acuerdo de paz.

—Como tú sabes, los ondalinenses rompieron el *permutavi* hace tres meses —dijo Isabella—. Tu tío cree que el almirante Kolfinn lo hizo porque quería arruinar tu compromiso con el príncipe heredero matalino, y ofrecer, en cambio, a su hija Astrid a los Matali. Para ellos, una alianza con los Matali es tan valiosa como para nosotros.

Serafina se preocupó al enterarse de las intrigas de Ondalina y se sorprendió mucho —y se sintió halagada— de que su madre lo discutiera con ella.

—Tal vez deberíamos posponer el *dokimí* —dijo ella—. En lugar de eso, podrías llamar al Consejo de las Seis Aguas para advertir a Ondalina. El Emperador Bilaal ya está aquí. Sólo tendrías

que convocar al presidente de Atlántica, a los ancianos de Qin y a la reina de Freshwaters.

El semblante turbado de Isabella se transformó en una expresión de impaciencia, y Serafina supo que había dicho algo incorrecto.

—El *dokimí* no puede posponerse. De ello depende la estabilidad de nuestro reino. Hay luna llena y la marea está alta. Ya se hicieron todos los preparativos. Un retraso podría jugar en favor de Kolfinn —dijo Isabella.

Serafina, desesperada por ver un gesto de aprobación en los ojos de su madre, intentó una vez más:

—¿Qué tal si enviamos otro regimiento a la frontera oeste? —preguntó—. Estuve escuchando este caracol anoche... —Buscó con rapidez entre los caracoles que había en el suelo—. Aquí está: *Discursos sobre defensa*. Dice que tan sólo con una muestra de fuerza ya alcanza para detener al enemigo y que...

Isabella la interrumpió:

—¡No puedes aprender a gobernar un reino escuchando caracoles!

—Pero, mamá, una muestra de fuerza fue lo que funcionó con los *opáfagos* en los páramos. ¡Tú misma lo dijiste hace cinco minutos!

—Sí, funcionó, pero esa fue una situación totalmente distinta. En ese momento, Cerúlea no estaba bajo amenaza de ataques, de modo que Merrow podía darse el lujo de movilizar a sus *guerrieri* fuera de la ciudad, hacia los páramos. Como, espero, a esta altura ya sabes, Sera, ya hay seis regimientos acuartelados aquí en la capital en este momento. Ya mandamos a cuatro a la frontera oeste con Desiderio. Si enviamos otro, nos queda uno solo.

—Sí, pero...

—¿Qué pasa si los invasores que estuvieron atacando nuestras aldeas atacan en cambio a Cerúlea y aquí nos queda un único regimiento de *guerrieri* para defendernos a nosotros y a los Matali?

—Pero también tenemos tu guardia personal, los *janiçari* —dijo Serafina, con la voz, al igual que su esperanza de impresionar a su madre, cada vez más débil.

Isabella hizo un gesto de desdén con la mano:

—Otros mil soldados como mucho. No son suficientes para organizar una defensa eficaz. Piensa, Serafina, piensa. Gobernar es como jugar al ajedrez. El peligro viene de muchas direcciones, tanto de un peón como de una reina. Tienes que jugar con todo el tablero, no sólo con una pieza. Estás a apenas unas horas de ser declarada heredera del trono de Miromara. ¡Tienes que aprender a pensar!

—¡Pero si estoy pensando! ¡Por todos los dioses, mamá! ¿Por qué eres siempre tan dura conmigo? —vociferó Serafina.

—¡Porque tus enemigos van a ser mil veces más duros! —le contestó Isabella a los gritos.

Se hizo otro silencio difícil entre madre e hija. Lo interrumpieron unos golpes frenéticos.

—¡Entre! —ladró Isabella.

Las puertas del cuarto de Serafina se abrieron de par en par. Un paje, uno de los de Vallerio, entró nadando. Hizo una reverencia a ambas sirenas y luego se dirigió a Isabella:

—El señor Vallerio me mandó a buscarla a su camarote, Su Alteza.

—¿Por qué?

—Hay noticias de un nuevo ataque.

Isabella apretó los puños.

—Dile a tu señor que estaré allí en un momento.

El paje hizo una reverencia y se fue de la habitación.

Serafina avanzó hacia su madre:

—Iré contigo —dijo.

Isabella meneó la cabeza:

—Prepárate para esta noche —dijo secamente—. Tiene que salir todo bien. Necesitamos con desesperación esta alianza con Matali. Ahora más que nunca.

—Mamá, por favor...

Pero ya era demasiado tarde. Isabella ya había salido nadando del cuarto de Sera.

Se había ido.